

historia enseña que las formas de gobierno resultan del estado social y no lo causan ciertamente ni originan. Augusto aprendía, bien á su costa, y dentro de la propia familia, por qué nacieran su dictadura y su imperio.

Sustituir el Senado con el circo; levantar estatuas, no á los Gracos, á los cocheros; clasificar los partidos por los colores de las vestimentas titerescas y no por las ideas y por los principios del humano espíritu; hacer de las cuadras comicios y de los caballos dioses; todas estas necesarias acciones de un despotismo corruptor, empeñado en satisfacer con el trigo y el juego las hambres del alma romana, secularmente adscrita por una tradición gloriosísima y por un derecho consuetudinario al bien incomparable de la libertad, había de traer por fuerza una corrupción al mundo entero, de la que nadie podía exentarse y menos la cabeza del mundo, la infame dinastía cesárea. Ya no había oposición sino en los teatros y en los anfiteatros. Aquel pueblo mudo podía desatar su lengua, tirando lejos de sí la mordaza tradicional, con sólo reunirse alrededor de su tirano en las fiestas del circo. La menor observación pasaba por crimen de lesa majestad y traía consigo aparejada la muerte fuera de allí; pero allí dentro, las imprecaciones y los insultos al César pasaban por populares gracias. La plebe romana,

desacostumbrada ya de los comicios por tribus donde había gobernado al mundo y ejercido la sanción soberana, convertía los espectáculos públicos á lo mejor en manifestaciones políticas. Durante un triunvirato de Augusto, cuando éste se llamaba Octavio á secas, deseando el pueblo imponerle pronta paz con el último de los Pompeyos, ilustre marino, al pasar en las procesiones predecesoras de la festividad la imagen de Neptuno, dios protector del héroe apostado á la sazón en Sicilia, el pueblo lo aclamó con tales hurras y vivas, que hubo de comprender el dictador con evidencia incontestable los votos y aspiraciones de la pública opinión. Conforme iba en aumento la obra de rebajar y encadenar á los plebeyos, iban en aumento á su vez los dispendios empleados en divertirlos. Durante un año se consagraron en aquel entonces diez millones de reales contados por nuestra moneda corriente á festejos públicos. Augusto y Livia enviaron á Herodes, rey de Judea, once millones de reales para los gastos de una festividad proyectada en honor de los emperadores y del Imperio. Y todo esto tenía un objeto exclusivo: divertir el pensamiento público de la libertad. Un pueblo completamente ocioso había de estar por fuerza siempre de diversiones; y un pueblo siempre de diversiones había de concluir por envilecerse y por pudrirse. La tercera

parte del año se pasaba en jolgorios. Juegos augustales, plebeyos, de Ceres, de Apolo, de Cibeles, de Flora, de triunfos, de aniversarios, de Venus genítrix, de sus hijos, llenaban por tal modo el año, que llegaron á contarse ¡parece imposible! ciento setenta días feriados. La variedad infinita de juegos no sufre ninguna clasificación y no puede numerarse. Procesiones religiosas encaminadas más á entretener los sentidos que á provocar la devoción; coros con toda suerte de cantores y sinfonías con toda suerte de instrumentos; ejercicios de cuerda y equitación; cuadros vivos; acróbatas diestros en saltar; atletas más diestros todavía en combatir; animales domesticados y dispuestos á toda suerte de pruebas; flautistas del Asia y de la Grecia traídos; mimos y pantomimos; cazadores, juglares, pajareros, sin excluir á los retóricos ni olvidar á los gladiadores, formaban una población regocijada y gozosa, enteramente para el placer y el delirio en aquella inmensa mancebía que se llamaba la Roma imperial. Antes de amanecer, trompetas y clarines dirigían saludos al sol próximo, y después de media noche la fiesta duraba todavía. En estos tiempos de Augusto y Tiberio, por la velada primera de una festividad floral, cinco mil esclavos con linternas y antorchas acompañaron al pueblo en calles y por plazas. Daba grima ver tantos siervos de la casa

imperial como ciudadanos de la misma Roma en aquellos circos repletos de gentes, donde se corrompía el cuerpo y se degradaba el espíritu de un pueblo inmortal.

El Imperio, en su arte de corromper y esclavizar, no perdonaba medio ninguno. Podía llamarse la vida romana en aquel tiempo saturnal inextinguible. A tantas y tantas diversiones uníanse los banquetes públicos, donde se juntaban y se confundían todas las clases. Cuentan y no acaban Suetonio en sus *Biografías* y Estacio en sus *Silvas* de los manjares allí regalados, como quesos, dátiles, pasteles, gallinas y hasta faisanes. Á lo mejor echábanse al pueblo billetes de lotería, conteniendo premios con toda clase de objetos, unos artísticos, otros útiles y de valor cuantioso. La gente se arrojaba con tal precipitación y tumulto á recogerlos, que muchos espectadores morían aplastados en el empeño. Guerreros de Tracia, labradores del Epiro, sármatas alimentados con leche de yeguas, negros de la Nubia, colorados y rojos de la Dalmacia, árabes del desierto parecidos por sus majestuosas figuras á sacerdotales castas, sicambros con sus trenzas, sirios diestros en tañer y danzar, negros hotentotes y blancos polares, traídos unos y otros por acaso de regiones aun inexploradas y desconocidas como tipos y ejemplos verdaderamente raros,

pugnaban todos á una en combates y porfía de indescriptible confusión para coger aquellos viles dones, y después de haberse unos á otros insultado con los dicharachos y juramentos propios de sus respectivas lenguas, concluído el tumulto, aclamaban todos sin excepción en unas mismas palabras el nombre y el poder de su tiránico César. Los partidos en tiempo de Coriolano, en tiempo de Camilo, en tiempo de Tiberio y Cayo Graco, en tiempo de Sila y Mario mismo, designados y conocidos por sus ideas, designábanse y conocíanse ahora por sus colores. Primero hubo tan sólo los blancos y los rojos; añadiéronse luego los verdes con los azules; y tras los verdes con los azules ¡ay! los purpúreos con los áureos. Juvenal, en lamentaciones donde la conciencia humana estalla de horror al ver cómo el oro, no empleado en los tiempos republicanos ni siquiera para las estatuas de los dioses, pende ahora del cuello de las prostitutas en joyas riquísimas, nos describe la pasión de Roma, no por las leyes y por las instituciones puestas á discusión pública en sus Rostros, por los combatientes verdes del circo máximo, cuya victoria sobre los blancos, y los azules, y los rojos, le importa más que todas las victorias sobre los getas y los parthos. Para encarecer hasta dónde llegaba la general corrupción entonces, baste decir que Marcial mismo, un poeta exi-

mio nacido en Aragón, cuna de la gravedad natural, se apasionaba y enardecía por los verdes. Dióse un caso entonces que prueba dónde llegan las demencias consiguientes á toda profunda perversión social. Murió por estos días de César y de Augusto un habilísimo cochero denominado Félix. El número de sus admiradores, número incalculable, le consagró magníficas honras fúnebres. Y cuando su cuerpo ardía en la pira, un aficionado á su especial manera de dirigir cuadriga y carroza experimentó dolor tan fuerte, que no quiso vivir más y se lanzó para desaparecer con él en la hoguera donde se consumía su cuerpo. Cuando á tal extremo llegaba la perversión universal, ¿cómo Augusto podía pretender una excepción singularísima en su Julia, necesitada por su cargo de presidir todas estas fiestas y de contagiarse con todas estas corrupciones? Elevado el circo á base fundamental de la gobernación pública; distinguidos los gladiadores combatientes en las férvidas arenas cual antes pudiera distinguirse á los varones públicos y á los tribunos verdaderos por su virtud ó por su elocuencia; reemplazados aquellos partidos que registraran en sus competencias nombres como los de Catón y los de Bruto por esos partidos compuestos de atletas y cocheros que sólo se distinguían en el color de sus trajes y en el esfuerzo de sus músculos; excitados y

aun sobreexcitados los apetitos por aquellas orgías colectivas al aire libre donde se mezclaban gulas y lascivias sin freno y sin tasa, el vapor de la corrupción debía subir hasta las frentes coronadas por las diademas cesáreas, porque toda el alma humana y todo el aire vital eran podredumbre.

En barrio apartadísimo de Roma, lo que nosotros llamamos hoy barrio bajo, estaba entonces la escuela de gladiadores. Por las noches, al resplandor de las antorchas, ensayaban todos ellos los combates usuales y las actitudes que debían guardar hasta en la hora de su muerte. La sensualidad se acrecienta si tiende sus lechos de placer sobre las misteriosas tierras del sepulcro. Como hay una correspondencia entre la electricidad positiva y la electricidad negativa; como hay una correspondencia entre las repulsiones y las atracciones naturales; como hay una correspondencia entre negaciones y afirmaciones, hay una correspondencia entre la muerte y el amor. Los antiguos casaron al exterminio con la generación, á la guerra que mata con el amor que vivifica. El matrimonio de Venus con Marte no quiere decir otra cosa. Lo cierto es que aquellas damas de Roma, tan experimentadas en los goces y en los placeres, preferían á todos los hombres un joven gladiador, en cuyos brazos transportábanse hasta el enloquecimiento, pensando

cómo en la tarde subsiguiente á noche tan llena de vida caería yerto en la muerte. Tal importancia daba la Roma imperial á los ensayos de aquellos juegos cruentísimos, que los celebraba en el templo consagrado á Hércules. Ciertó que tal templo, cuya fundación atribuyera el vulgo romano á Numa en persona, desdecía mucho del nombre de su fundador rey, pues mientras las demás instituciones dejadas por él guardaban cierto venerable aspecto, ésta se distinguía por su pésimo renombre. Y, sin embargo, era de una magnificencia increíble. Pavimento de jaspes multicolores, marmóreas columnas dobles de chapiteles jonios, inmensa rotonda construída con verdadero atrevimiento, galerías arriba y abajo de aquel círculo donde se contaban alcobas para el placer y nichos para el descanso, piscinas de aguas claras abiertas en oscuros pórfidos egipcios, estatuas de Fidias como su Hércules domando la hidra, relieves preciosos trazados por escultores helenos: he ahí el sitio donde se preparaban las horribles carnicerías que iban á ensangrentar en loor de César y en obsequio de Roma las arenas del circo. Á este mal famoso templo y á sus terribles ensayos asistía en las altas horas de la noche Julia. Recatada litera la conducía. Su negro esclavo nubio la acompañaba. Un velo tupidísimo la envolvía. Una máscara le ocultaba el rostro. Parecíase así á una

Hécate ó una parca infernal. Augusto, que creía componerlo todo con leyes, recabó de la curia patricia una ordenanza prohibiendo en absoluto la presencia de mujeres en aquel infame sitio. Tal prohibición aumentaba sus atractivos y nunca se vieron tantas allí como después de la ordenanza. Una escalera secreta la conducía sigilosamente á palco encubierto por espesas y misteriosísimas celosías, tras las cuales contemplaba los ensayos, holgándose con la satisfacción de ver á su sabor y á mansalva, sin ser ella por nadie absolutamente vista. El comienzo de todos aquellos ejercicios consistía en fresco baño. Para bañarse desnudábanse los gladiadores, ofreciendo su cuerpo enteramente á las miradas lascivas. Julia, en pos siempre de nuevas emociones, donde sacudir un poco el hastío consiguiente al exceso, acudía con frecuencia y empeño al sitio aquel para excitar apetitos acallados muchas veces por los excesos del abuso extremo tan adormecedores y tan opuestos á toda sensibilidad. Así llegaba exhausta, desesperando de volver al deseo y al goce, como si la capacidad íntima de sentir se le hubiese concluído; y á la vista de aquellos cuerpos tan fuertes, á la contemplación de aquellas actitudes tan voluptuosas, la sangre le reardía en las venas heladas, el deseo en los ojos extintos, cierto calor daba indeliberado movimien-

to á los nervios fatigadísimos, reabriéndose por tal manera y perpetuándose las horrorosas orgías.

El gladiador, ya nadaba en la piscina, ya despedía de sus miradas el terror con que los asaltos de las fieras contrastaba, ya se ponía con actitud y gesto en disposición de aguardar á un compañero émulo y enemigo, ya imitaba las esculturas más bellas del mundo griego y se apercibía en representaciones varias y varios ensayos á repetir en carne y hueso con vida verdadera y sangre caliente los Ganímedes y los Efebos divinos, tallados en péntico mármol y considerados por los pueblos en sus idolatrías verdaderos dioses. Byron ha dejado en sus versos indeleble muestra de la emoción que le causaban estas efigies de gladiadores, perpetuadas no sólo por la estatuaria, por las pinturas y por los mosaicos. El Capitolio, donde campea desnuda la crasa y robusta Venus que parece como ejemplar de las hercúleas sabinas robadas por el heroico Rómulo, guarda una estatua del gladiador moribundo, que sobresale y brilla entre los prodigios del arte clásico. Herido mortalmente; acostado sobre su escudo enorme; agonizando en la postrer agonía; crispada por el dolor y puesta sobre la tierra su mano derecha, de donde la espada se ha caído; aquel mirar concentrado en el misterio de la eternidad que se acerca y aquella frente arrugada por los frunci-

mientos de las postreras crispaciones; aquella cabeza, que se inclina como al desmayo de las fuerzas y al abandono de toda esperanza; el cuidado solícito de no aparecer ni feo ni cobarde al espirar; los labios entreabiertos; el rubor de morir ante tales gentes y la pena hondísima por su patria, por sus penates, por su esposa é hijos á un tiempo; la suma de todos estos dolores físicos y morales, por tal modo allí quedan expresados, que sentís el terror trágico, cual si oyeráis un coro del Edipo de Sófocles lamentando la fatalidad ó un hexámetro del Prometeo de Esquilo maldiciendo al cielo. Pero estos gladiadores, recién salidos unos del baño, escultóricamente plantados otros, voluptuosísimos todos á una, despertaban los deseos, ¿qué digo deseos? los apetitos de Julia. El arte antiguo nos ha dejado en sus sátiras descripción fiel de los desórdenes engendrados en las damas de Roma por tan lascivos espectáculos. Leed á Juvenal, leed á Séneca, leed á Tácito, leed todos estos gigantescos vengadores de la conciencia humana, todos estos representantes de la moral pública, y seguidamente advertiréis el horror de las almas honradas á esta perversión increíble. Si el sensual Batilo representa la pantomima de Leda, los ayuntamientos del cisne divino con tan hermosa mujer, ¡ah! Tuccia se agita como fuera de sí, mientras

Appula se transporta y suspira, cual en los brazos de su amante, y Timelec se vuelve rígida, cual muerta de gozo y de placer; si Urbico parodia en el éxodo ridículo de una brutal atelana los gestos de Antonoe, desea Elia conquistarlo; si el histrión más infame representa bien una farsa ó el gladiador más magullado sostiene bien un combate, no importa su parecido con los lobos de puro feos, Ipias, esposa de patricio y senador, le seguirá por tierras y por mares á la continua, sin rendirse ni marearse, mantenida por su deseo y satisfecha con el hartazgo de sus apetitos. Pero nada tan horrible como que, al dormirse la casa imperial, una hija y esposa de Césares, dejando el regio tálamo por los jergones de la prostitución, vuela, augusta cortesana oscuramente vestida, disfrazando su cabellera negra con pelucas blondas, su rostro hermoso con feas máscaras, á palcos, donde se tiende ¡oh! desnuda, con los brazos abiertos para esperar todos los amantes y sufrir todos los asaltos; la primera en llegar exuberante de lujuria y la última en irse ahumada por el humo de las lámparas; hediendo al vino y á los ajos que han derramado en su boca el aliento pestífero de sus viles y fatigados mancebos. En efecto, Julia se fijaba con escrupulosidad sobre aquellos hombres desde su palco, y los hacía subir según los llamamientos de sus desorde-

nados apetitos. Y cuando alguna vez, ora la castidad que á ella le habían negado los dioses, ora el amor único á otra mujer ausente, ora el orgullo de menospreciar una gran señora romana, le oponían resistencia, íbase por los garitos, por las tabernas, por los burdeles, á sentir emociones, emulando al jugador y al borracho, recibiendo los tratamientos y hasta los dineros recibidos usualmente por las infelices prostitutas.

El estudio somero de los tiempos imperiales basta para convencerse del influjo ejercido por las escuelas de gladiadores en la perversión imperial. No podemos negar que durante la república hubo juegos de tal clase, pero á la verdad rarísimos, y consagrados, en su mayor parte, á honras fúnebres. Tuviéronlos de antiguo las edades republicanas, pero á larguísimos intervalos. Por lo cual no puede, no, asegurarse que llegaran á constituir una verdadera costumbre. La introducción de tales fiestas en la vida regular y ordinaria romana, débese á César y á su heredero Augusto. Hoy sabemos que este último sacrificó hasta diez mil hombres en aquellos holocaustos del circo. Los herederos suyos no le iban á la verdad en zaga. Algunos combates duraron hasta cuatro meses y se vieron hasta mil gladiadores en ellos. Exigíanseles á éstos terribles juramentos, en los cuales debían execrarse á sí mismos con

horribles execraciones para el caso de no aceptar la batalla y la muerte. Consignados á la pelea, empezaban por marcarles con hierro candente la piel y abrasarles del todo las carnes para que tuvieran de su iniciación vergonzosa en aquella especie de orden maldita indeleble recuerdo. Luego les hacían correr lo que llamamos en lengua militar carrera de baquetas, golpeándolos con palos é hiriéndolos con armas á fin de probar y conocer su fortaleza. Después no solamente los curtían y adobaban para el combate, sustentábanlos con alimentos á propósito para que tuviesen mucha sangre por sus venas y la derramaran á torrentes sobre la tierra, enrojeciendo el polvo, que se volvía purpúreo y humeante. El extravío llegó tan lejos, que la Roma imperial vestía con trajes empapados en sustancias combustibles á los infelices destinados para su diversión, y pegándoles fuego adrede, holgábase con ver los gestos y convulsiones producidos por aquella muerte horrible. Para matar á unos los disfrazaban de sacerdotes, para matar á otros repetían las torturas más horrosas mencionadas por las historias más antiguas. A éste le rompían los huesos con las ruedas célebres de Ión; quemaban á los otros como las llamas del Oeta quemaron á Hércules; tal debía consumir su mano derecha en el brasero como Scévola; tal otro dejarse despedazar por las furias como